



Archivo fotográfico CCH

Enseñando Teoría de la historia con libros

Teaching History theory with books

Miguel Ángel Gallo T.

Síntesis curricular

Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, por la UNAM. Profesor fundador del Plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM. Ha sido propuesto en dos ocasiones para el Premio Universidad Nacional. Es formador de profesores y ha impartido cursos y conferencias en las universidades de Yucatán, Guerrero, Michoacán, Estado de México, Universidad de la Ciudad de México, así como los bachilleratos del IPN, INBA, Colegio de Bachilleres, Escuela Nacional Preparatoria, CCH y Preparatorias Oficiales del Estado de México.

Fundador de Bachillerato a Distancia de la UNAM, b@UNAM. Desarrollador de las asignaturas de Historia. Autor de más de 90 libros de texto a Nivel Medio Superior en el país. Director fundador de la Revista *HistoriAgenda*, fundada en 1991.

Recibido: 20-febrero de 2017
Aprobado: 8-marzo de 2017

Resumen

Una materia de suyo “aburrida” o con fama de serlo, como Teoría de la Historia, requiere de un tratamiento especial que, a mi modo de ver combine por parte del profesor: el conocimiento de la misma, su pasión por ella, el rigor y los vuelos teóricos con la imaginación y la improvisación.

Palabras clave: Teoría de la Historia, improvisación, imaginación.

Abstract

A matter of its own “boring” or reputed to be, as Theory of History, requires a special treatment that, in my view, combine the teacher’s knowledge with it, his passion for it, rigor And theoretical flights with imagination and improvisation.

Keywords: Theory of history, improvisation, imagination.



¿Y éste quién se cree?

No, definitivamente no descubrí el hilo negro ni mucho menos el agua tibia. Simplemente quiero narrar lo que sucedió en mis clases de Teoría de la Historia con mi último grupo, exactamente el último porque ya estoy jubilado.

Sospecho que algunos profesores, además de preparar la clase que vamos a impartir, siempre dejamos un margen, tal vez pequeño, tal vez mayor, a “lo inesperado”, a la sorpresa, a la imaginación. Mejor lo digo abiertamente: a la improvisación.

Seguramente aquí alzaré la ceja más de uno, pensando: ¿y éste quién se cree?, ¿por qué improvisa?, ¿qué no hay que planificar hasta el vuelo de una mosca en una clase?

Y entonces llega mi confesión: soy un amante del jazz. Me encanta Louis Armstrong, su trompeta, su voz, su alegría y su *scat*, tal vez más lo último que todo lo demás. Se cuenta que en una ocasión olvidó la letra de la canción que interpretaba y comenzó a “cantar” aparentemente sin “ton ni son”, pero en realidad sus sonidos, que no eran palabras articuladas reconocidas, algo así como *bada bada-ba*, esos maravillosos sonidos, se escuchaban muy bien, tenían ritmo, fuerza, encajaban y enriquecían la canción. Grandes cantantes como la mismísima Ella Fitzgerald, Sarah Vaughan y posteriormente Frank Sinatra adoptaron ese recurso y el jazz creció, creció... Eso es *improvisar* y en este caso la improvisación hizo crecer enormemente



Archivo fotográfico CCH

a la música. Por supuesto, la improvisación en el jazz va mucho más allá de este recurso vocal. Pregúntenle a Charlie Parker, a Paul Desmond o Stan Getz y luego me avisan.

Claro que no todas las improvisaciones tienen ese destino “exitoso” (uso la palabra a sabiendas de que la odio). Muchas fallan y pueden provocar que al profesor se le vaya el “control” de la clase. Lo escribo para que quienes hace un momento alzaron la ceja, la puedan bajar a su nivel normal.

Un recurso más

Pero contraataco: el hecho de que no todo lo que se intente sea “exitoso” no implica que no usemos la imaginación en nuestras clases, buscando sorprender a nuestros alumnos, enseñarles algo más –mucho más– que un simple contenido programático.

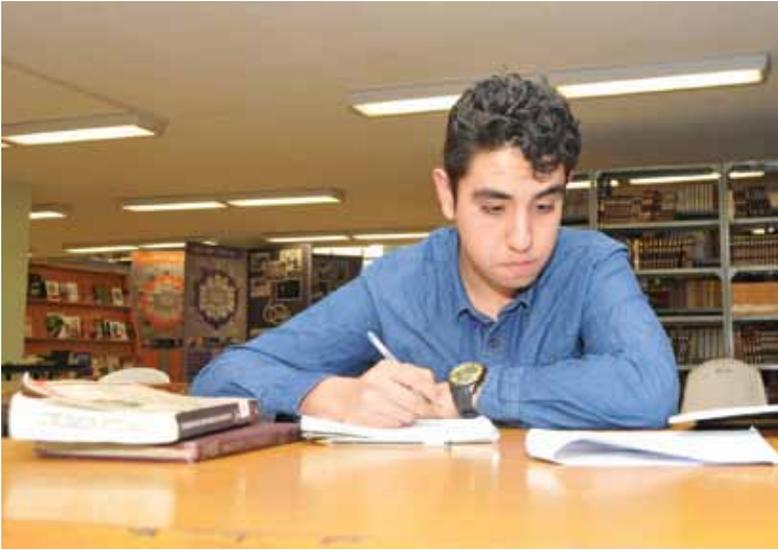
¿Poesía en Teoría de la Historia?, ¿por qué no? Cuando tocamos el tema del tiempo histórico, y yendo más allá de Braudel, leímos y analizamos el So-

neto del tiempo de Renato Leduc, en una de las clases más interesantes, cuando un hombre de 70 años (yo), hablaba del tiempo, apoyándose en Leduc, a chavitos de 17 y 18 años, que lo veían desde otros ángulos.

La hora de esplendor en la hierba

Hablando con mayor detalle del tiempo en la historia, y en la misma sesión de dos horas, leímos el poema “Esplendor en la hierba” de William Wordsworth, por cierto, tema de la película del mismo nombre dirigida por Elia Kazan e interpretada por Natalie Wood y Warren Beatty:

Pues aunque el resplandor que en otro
 tiempo fue tan brillante
 hoy esté por siempre oculto
 a mis miradas,
 aunque nada puede volver la hora
 de esplendor en la hierba,
 de la gloria en las flores,
 no debemos afligirnos,
 pues encontraremos



Archivo fotográfico CCH

fuerza en el recuerdo,
en aquella primera simpatía
que habiendo sido una vez,
habrá de ser por siempre,
en los sosegados pensamientos que brotaron
del humano sufrimiento
y en la fe que mira a través de la muerte,
y en los años, que traen consigo
las ideas filosóficas.

William Wordsworth

Ya entrados en gastos y sintiéndome Robin Williams en *La sociedad de los poetas muertos*, les “receté” el maravilloso poema que ahora reproduzco:

Ítaca

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno
de experiencias.
No temas a los lestrigones
ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,

si tu pesar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.

Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues –¡con qué placer y alegría!–

A puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales
puedas.

Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.

Ten siempre a Ítaca en tu mente.

Llegar allí es tu destino.

Mas no apresures nunca el viaje.

Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste
en el camino

sin aguantar a que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te brindó tan hermoso viaje.

Sin ella no habrías emprendido
el camino.

Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre,

Ítaca no te ha engañado.

Así, sabio como te has vuelto,

con tanta experiencia,

entenderás ya qué significan las Ítacas.

(Cavafis, 1999).

Aparentemente no pasó nada, pese a que algunos chavos se quedaron pensativos. Pero todo cambió cuando comencé a preguntar: ¿cuál ha sido tu momento de *esplendor en la hierba*? La clase se puso patas arriba en el buen sentido de la palabra; los chavos se abrieron de capa y se atropellaban para contarnos a todos, su momento de *esplendor en la hierba*.

Sí, acertaste, querido lector: a mí me preguntaron cuál había sido mi momento de esplendor... Les dije que precisamente ese y otros más, varios, ya que mi edad lo permitía; por ejemplo, cuando me casé, cuando nacieron mis hijas, cuando se publicó mi primer libro, obviamente sin orden de prioridades.

Al final de la sesión, Julio se me acercó y juntando las manos como si fuera a aplaudir, me dijo: “profe, estuve a punto de aplaudir, pero me pareció fuera de lugar hacerlo, aunque me gustó mucho la clase”. Tal vez por esa (y otras) sesiones, algunos alumnos me escribieron en una libretita, al final del curso, que yo no sólo les enseñé teoría de la historia, sino “lecciones de vida”. Por lo visto esa clase no sólo marcó a algunos chavos, sino principalmente a quien esto escribe. Agregamos en este caso la cursilería (o si quieren el romanticismo) a la *improvisación*.

¿Hablar de arte en teoría de la historia? Más allá de la famosa superestructura y demás rollos, varias veces hablamos de arte, y ello por tres



Archivo fotográfico CCH

poderosas razones (casi cuatro). Tres de mis alumnos estaban “tocados” por el arte: Alejandro, el chelista; Gabriel, el escritor en ciernes; Jesús, el futuro pintor; e incluso Jessica, cuyo exnovio le enseñó a amar la poesía. En esta forma, en algunas ocasiones que tratábamos algún tema histórico, social o cultural, les pedía a mis futuros artistas que lo ejemplificaran a través de la disciplina artística que amaban y ellos enriquecían enormemente los temas. Claro, está también Sol, que ama la literatura e incluso la está estudiando con ahínco en la facultad de Filosofía y Letras; está también Cinthia, una cajita de sorpresas con sus propuestas siempre inquietas e inteligentes. Y tantos más...



Archivo fotográfico CCH

Libros en escena

En una ocasión llevé a clase un libro raro, difícil de encontrar: *La Iglesia católica ante la crítica en el pensamiento y el arte*, publicado en tiempos de la guerra cristera por el Dr. Atl y patrocinado por Álvaro Obregón. Un exalumno, Martín, lo había restaurado y yo estaba muy orgulloso de mi posesión. Se los mostré y lo fueron viendo por equipos mientras continuaba la clase (no me acuerdo del tema, pero era lo de menos). Les impactó conocer semejante ejemplar, fueran o no católicos, que eso realmente impor-

taba poco al tener, tocar, palpar y hasta oler un ejemplar –numerado– de una rareza excepcional, un libro histórico en el más amplio sentido de la palabra. Obviamente hablamos de sus contenidos y de su papel histórico, así como de su valor como pieza rara, aunque sin tocar lo monetario, que desconozco y no me interesa gran cosa.

De ahí se me prendió el foco y en adelante –aunque no siempre– llevé toda una maleta chica llena de libros para que los alumnos los vieran, palparan, analizaran, incluso muchos de esos ejemplares tenían las páginas amarillentas, quebradizas y subrayadas. Pasaron por sus manos *El Mediterráneo...* de Braudel, *Qué es la historia* de Bloch, *El queso y los gusanos* de Ginzburg, *Pueblo en vilo* de Luis González y González, tantos y tantos otros. Junto a un texto elegido acerca del tema en cuestión, por ejemplo, “historia de las mentalidades”, les proporcioné *Los reyes taumaturgos* de Bloch, para muchos especialistas un importante antecedente de esta tendencia de la historia.

Libros acerca del arte renacentista y barroco, cuando los temas eran Maquiavelo y Vico; del romanticismo para hablar de Thomas Carlyle o Jules Michelet. *La libertad guiando al pueblo*, joya artística del romanticismo para abordar los movimientos populares franceses del siglo XIX, de los socialistas utópicos y Karl Marx.

Yo los observaba mientras trabajaban y analizaban los libros: palpaban

su textura, veían el índice, leían la presentación o el prólogo, se quedaban copiando algunos párrafos.

Luego tenían que exponer, primero el texto que había que leer, en tres o cuatro páginas, después, su *impresión* sobre el libro. Muchas veces los resultados eran impactantes, aunque también se equivocaban, como cuando una chava dijo que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson era un libro de carácter religioso. Bueno, en esos casos estaba el profesor para aclarar o, a veces, profundizar las dudas.

Conclusiones

Una materia de suyo “aburrida” o con fama de serlo, como Teoría de la Historia, requiere de un tratamiento especial que, a mi modo de ver combine por parte del profesor: el conocimiento de la misma, su pasión por ella, el rigor y los vuelos teóricos con la imaginación y la improvisación. Hay que hacer conscientes a los alumnos de que son – todos somos– seres históricos, profundamente históricos, y qué mejor que esta disciplina, ni mandada a hacer. Recursos como la música, la arquitectura, la poesía, las artes plásticas en general, son muy valiosos y nos ayudan a ilustrar mejor los temas. De paso los alumnos aprenden la complejidad de la historia, cómo se integra por un sinnúmero de elementos de todo tipo, anudados, como diría Karel Kosik, en la tridimensionalidad del tiempo.

En una etapa difícil en la que se habla de la muerte del libro impreso, sobre todo por parte de mucho “googlero”, mis alumnos aprendieron a apreciar ese maravilloso objeto material, cultural llamado libro impreso.

Bueno, si a Don Quijote los libros de caballería lo volvieron loco, espero que a mis “chavos” no les haya pasado lo mismo con los de historia.

Referencias

Cavafis, C. (1999). *Antología poética*. Trad. Pedro Bárcenas. Madrid: Alianza Editorial. Recuperado de <http://www.pixelteca.com/rapsodas/kavafis/itaca.html>.